

Reexamen de un enigmático texto galdosiano: *El doctor Centeno*

La aparente falta de unidad estructural de *El doctor Centeno*, el que no parezcan dominar en la acción ni Felipe Centeno, ni Pedro Polo, ni Alejandro Miquis, ha servido como punto de partida para los críticos que más se han esforzado para interpretar la novela¹. José F. Montesinos se preguntó por qué no habría sido mejor hacer dos novelas, una con Polo como protagonista y otra con Miquis como protagonista, por ser el papel de Felipe Centeno el de un comparsa en dos acciones independientes dominadas por aquellos otros personajes². Encontró una solución adecuada a su perspectiva crítica haciendo de Miquis, víctima de locura crematística, protagonista de la segunda parte, que constituye la novela misma, siendo la primera parte sólo introducción (M., 78).

En cambio, Germán Gullón ha escrito que «es posible afirmar que sí es la novela de Felipe Centeno, pues cuanto acontece en ella está visto desde su perspectiva, y sólo lo que él puede ver y entender constituye la acción»³. A su parecer, Felipe es una entidad bien definida, siendo «prisma humano a través del cual se filtran los hechos que ocurren en la novela» (G., 580). Es él quien interpreta las acciones de los otros personajes y el narrador nos transmite a los lectores la visión del mundo de Felipe. Esto justifica que la novela lleve su título⁴. Gullón también cree que se halla la unidad en la conciencia de Felipe mismo mientras va haciéndose a lo largo de la novela (G., 581), es decir, en la formación de su carácter en contacto con otros personajes. Pero la formación de un carácter es una cuestión pedagógica o puede serlo. Y aunque Gullón cree, como Montesinos, que la pedagogía «es poco novelable», dice que «no lo es cuando se la utiliza

¹ Benito Pérez Galdós. *El Doctor Centeno*, 2 tomos, Madrid: Librería y Casa Editorial Hernando, 1942. Citas sucesivas indicadas con C., tomo y página.

² José F. Montesinos. *Galdós*, 3 tomos, Madrid: Editorial Castalia, 1969, II, pág. 71. Citas sucesivas indicadas con M., más página.

³ Germán Gullón: «La unidad de *El Doctor Centeno*», Cuadernos Hispanoamericanos, Octubre de 1970 - enero de 1971, pág. 579. Citas sucesivas indicadas con G., más página.

⁴ A mi parecer, Felipe no emite «todo lo que la novela contiene, dejando en claroscuro lo que se halla fuera de su alcance» (G., 582). Hay, por lo menos, dos Felipes, el que no lo entendió todo y ni siquiera presencié algunas escenas durante el tiempo de la narración y el que, veinte años después, con su narrador se había enterado de mucho más.

en función de Centeno, de hacerse un hombre» (G. 583). En fin, se trata de una educación de acuerdo con la pauta picaresca: «Como al héroe de la novela picaresca, todo se lo enseñará la vida» (G., 583). Sin embargo, si el *Lazarillo de Tormes*, por crítica explícita e implícita y por su riqueza alusiva y simbólica, da testimonio de una viva conciencia oprimida desde dentro de una circunstancia social degradante, la «progresiva iluminación» de Felipe, según la interpreta Gullón, lleva a una conclusión que poco compensa al lector: «Al ensancharse el ámbito espacial de Centeno, el personaje va siendo más y más lo que puede ser y entendiendo que lo importante en la vida es conseguir un buen trabajo» (G., 584). Aunque Gullón acierta en relacionar los aspectos de la picaresca con la cuestión de la educación y también en ver que «la progresiva conformación de personalidad [con el mundo ambiente] da sentido a la unión de dos mundos dispares [el de Polo y el de Miquis]» (G., 584), parece difícil que Galdós hubiese empleado casi 500 páginas y una estructura tan compleja como la de la novela para llevar a sus lectores a una conclusión tan poco trascendental⁵.

Este ensayo continúa el intento de encontrar la unidad a *El Doctor Centeno* mediante: (1) la investigación de la manera en que Galdós elabora el papel del narrador y trata de la cuestión de causa-efecto en el desarrollo del mundo novelístico; (2) la exploración del empleo hecho de estructuras míticas para organizar la experiencia de Felipe y la de los otros personajes; (3) un intento de conectar este texto con otros cuyos personajes o perspectivas parecen haber influido directamente en la elaboración de éste y (4) la demostración de que la cuestión de la educación se relaciona no tanto con la formación de una actitud pragmática, sino con la formación moral del carácter mediante una experiencia *fundamentalmente estética*.

I

El doctor Centeno (1882-1883) es de la época durante la cual se supone a Galdós influido por el naturalismo. Sin embargo, en sus novelas anteriores, *La desheredada* y *El amigo Manso*, se sirve del determinismo biológico y sociológico en muy limitadas dosis, al mismo tiempo que parece que va aumentando su interés por la aplicación de técnicas cervantinas que ceden al narrador, con su voluntad de artista, la responsabilidad de la transmisión de la verdad acerca de lo que pasa y, también, la de revelar las bases epistemológicas e históricas sobre las cuales estructura su relato. Tales procedimientos tienen como efecto el de convertir la lectura del texto en problema. En *El doctor Centeno* esta tendencia se intensifica de manera que uno tras otro los tradicionales «modos de saber novelísticamente» van

También, el papel del narrador es muy obtrusivo, de modo que nos damos cuenta del control que ejerce éste como artista.

⁵ Véase, abajo.

siendo descartados; el mundo habitado por los personajes acaba por parecer uno donde no parece posible explicarnos lo que ocurre si sólo disponemos de sentido común.

Los primeros párrafos, escritos veinte años después de ocurrido lo que se narra, con un vocabulario y alusiones científicas, pueden despistar al lector que crea que tal lenguaje es indicio de una actitud de observador objetivo y determinista. A pesar de que el narrador parece tener el propósito de clasificar a Felipe como miembro de una nueva especie biológica recién descubierta, subraya y pondera la unicidad de Felipe e insiste en el hecho de que todavía no se ha inventado el medio adecuado a su estudio: «Es un héroe más oscuro que las historias de sucesos que aún no se han derivado de la fermentación de los humanos propósitos; más inédito que las sabidurías de una Academia, cuyos señores académicos andan a gatas todavía...» (C., I, 9). Si no se han desarrollado tampoco los órganos necesarios para ver y comprender lo que es *un* Felipe: «...esto o impide que ocupe el lugar que le corresponde y que respire, ande y desempeñe una y otra función vital con el alborozo y brío de todo ser que estrena sus órganos» (C., I, 9-10). En fin, la «retórica científica» parece servir para colocar al lector ante lo hasta ahora nunca visto; y para conocer este fenómeno nuevo, el lector tendrá que presenciar las acciones del protagonista e interpretarlas como pueda, para decidir, a la larga y por su cuenta, si realmente constituye un nuevo tipo. La alusión a la ciencia tiene el efecto de alejarnos de la ciencia, indicando que *la novela misma es la ciencia adecuada* al estudio del tipo emergente de la nada.

La actitud del «historiador» frente a la necesidad de hacer descripciones detalladas es igualmente ambigua. Si le parece preciso narrar acciones y describir objetos vulgares, tal vez por ser práctica de moda en la novela naturalista, el narrador aprovecha la situación para burlarse de los que lo trivializan todo con la prolijidad. Al tratar de cómo se prepara Felipe para almorzar, apunta su desdén por la búsqueda de detalles indiscretos: «No se meterá el historiador en la vida privada inquiriendo y arrojando a la publicidad pormenores indiscretos. Si el héroe usa una de las plumas de acero, como tenedor, para pinchar un higo... ¿por qué se ha de perder el tiempo en tales niñerías?» (C., I, 10). Sigue en vena satírica hablando de sí mismo como grave historiador «con toda la pompa intelectual», investigando los orígenes de la propiedad de Felipe, lo cual le lleva a tratar de lo trivial y vulgar y concluye escribiendo: «Basta. Esta sutil erudición no es para todos, por lo cual la suprimimos. Adelante» (C., I, 11). Sea esta preocupación por los detalles la del naturalismo literario o la del historiador acumulador de mil pormenores insignificantes, el narrador de esta forma afirma su voluntad de artista decidido a seleccionar y ordenar sus ma-